

PERDEDORES SOCIALES O LO QUE DE VERDAD IMPORTA (A  
PROPÓSITO DE *SABER PERDER*, DE DAVID TRUEBA)

Ascensión Rivas Hernández  
(Universidad de Salamanca)

La última entrega literaria de David Trueba (Madrid, 1969), es una novela compleja aunque de lectura ágil. Narrada desde el realismo y ambientada en el mundo actual, la historia muestra una serie de situaciones contadas en profundidad y sin perderse en extraños experimentos técnicos. Su autor es bien conocido en el ámbito cinematográfico porque ha firmado guiones de éxito como *Amo tu cama rica*, *Los peores años de nuestra vida*, *Perdita Durango* o *La niña de tus ojos*, y ha dirigido filmes como *La buena vida*, *Obra maestra*, *Soldados de Salamina*, *Bienvenido a casa* y *La silla de Fernando*, una película-conversación muy jugosa protagonizada por Fernando Fernán Gómez. Además ha trabajado en prensa, radio y televisión, y como novelista ha publicado otras dos obras: *Abierto toda la noche*, en la que se cuentan de forma divertida los problemas de una familia, y *Cuatro amigos*, novela romántica y disparatada sobre el final definitivo de la adolescencia.

*Saber perder*, la obra sobre la que trata este artículo, es un texto muy sólido, construido sobre personajes bien formados que se mueven dentro de un sistema social desvalorizado y lleno de trampas. Como miembros de la sociedad contemporánea que los ha forjado, los actores de esta historia forman parte de un engranaje a menudo kafkiano que les envuelve y les obliga a no pensar y a vivir de prisa, una maquinaria, además, no diseñada para tipos como ellos, mujeres y hombres perdedores que sobreviven en un mundo complejo, algunos capaces de aprender de sus errores y de mantenerse, a pesar de todo, en un equilibrio inestable.

En la novela no se desdeña mostrar la dificultad y la frustración, según se presentan, además, en cada período de la vida: en la juventud, en la edad adulta y en la vejez. Los problemas de Aurora y Leandro derivan de su ancianidad y sobre todo de que la viven dentro de una sociedad que rechaza la decadencia física (“Se sentó con cierta desolación en el borde de la bañera y estudió su cuerpo desnudo. La vejez era una derrota difícil de tolerar. Un asco” –p. 130-<sup>1</sup>), y para la que ellos, educados en el silencio de la propia intimidad, no están preparados (“Nadie nos enseña a ser viejos, ¿no?, le dijo ella una noche” –p. 79-). Pero tampoco es fácil la vida para Lorenzo, su hijo, un hombre de mediana edad al que le resulta imposible encontrar un trabajo que dé estabilidad a su vida, y cuyo mundo es tan pequeño que busca compañera entre el reducido grupo de sus vecinos. La sociedad, cerrada y llena de prejuicios, le coloca finalmente en tierra de nadie, porque si su núcleo de amigos rechaza a Daniela por pertenecer a una cultura diferente (es una ecuatoriana sin papeles que trata de abrirse camino en España), él también será rechazado por el grupo social al que ella pertenece. Sylvia, que es el tercer pivote sobre el que se asienta la historia, sufre porque le ha tocado vivir en una sociedad que exige a los adolescentes iniciarse pronto en las relaciones sexuales y mantener una vida activa en ese terreno, cuando lo que en realidad necesitan es la atención y la afectividad de sus padres y un mayor compromiso de éstos con su educación. Finalmente, Ariel padece la crisis del paso a la juventud en un país extraño y con los excesos que le proporciona su pertenencia a un equipo de fútbol español de la máxima categoría.

---

<sup>1</sup> David Trueba, *Saber perder*, Barcelona, Anagrama, 2008.

Se trata, como hemos visto, de tres generaciones de personajes a los que la sociedad obliga a cambiar la percepción natural de las cosas. De ahí que todos ellos atraviesen por una crisis personal. Viven y se desarrollan dentro de un grupo humano que les engulle para regurgitarlos después, que los convierte en peleles, en esclavos de sus modas y de sus normas a menudo arbitrarias. En este sentido, la crítica del autor implícito hacia esa forma de tiranía es demoledora, repercute en todos los ámbitos sociales y toca todo tipo de circunstancias: la de los inmigrantes sin papeles, la de los parados, la de los que tienen un trabajo precario, la de los enfermos, la del mundo del corazón y sus exitosos programas televisivos, la de las dificultades de pareja, etc. Al mismo tiempo, en la novela se abordan problemas y sentimientos generales del ser humano como el amor, el odio, la soledad, la perversión, la frustración o la lealtad. Su presencia en el texto dota de profundidad a la historia y consigue universalizar el contenido al reflejar situaciones en las que cualquier lector puede verse representado sin dificultad.

La novela se estructura en cuatro partes, cada una de las cuales está encabezada por una frase interrogativa que proporciona coherencia interna al conjunto de capítulos y que va ahondando de forma progresiva en el sentido general del texto. De una pregunta superficial que inaugura el libro (“¿Es esto deseo?”), se pasa a otra más comprometida (“¿Es esto amor?”), y de ésta a una más arriesgada a propósito de la identidad personal (“¿Éste soy yo?”), para terminar con una última que atañe tanto al contenido como al orden estructural (“¿Es esto el final?”). El texto, además, tiene una clara organización circular porque empieza y termina focalizado en Sylvia. Este hecho permite vislumbrar cierto optimismo del autor implícito porque ella es la figura que más ha aprendido sobre sí misma y sobre la realidad tras su paso por la historia, y la más capacitada para encarar el futuro de una manera inteligente.

En el interior la historia evoluciona centrada en los distintos caracteres, porque indudablemente nos encontramos ante una novela de personajes. Los protagonistas son tipos sencillos aunque muy bien formados y definidos en profundidad, con un importante componente moral en su carácter, y responden con facilidad a la imagen que la sociedad tiene de los perdedores. Algunos de ellos, además, cuentan con un oponente triunfador que hace resaltar aún más la magnitud de su desamparo y de su mediocridad social. Leandro, por ejemplo, no ha pasado de ser un simple profesor de piano, alguien que sólo puede contemplar y admirar la belleza, no crearla, ni poseerla, ni dominarla (p. 56). Frente a él, Joaquín es un pianista de éxito mundialmente reconocido. Lorenzo, por su parte, lo ha perdido todo: “el lugar, el pelo, el trabajo, la mujer [...]” (p. 50), y mientras, Pilar, su ex mujer, ha ido adquiriendo lo que a él le era arrebatado: consiguió una mejor ocupación y, sobre todo, el amor de un hombre brillante en su trabajo, culto y educado. Al lado de Lorenzo y Pilar, su hija Sylvia se siente frustrada porque con 16 años aún no ha perdido la virginidad, mientras su amiga Mai vive las mieles del amor. Ariel, finalmente, juega al fútbol en un equipo de la capital, pero ya no se divierte con ello, y su nuevo rol le obliga a vivir con desenfreno una vida para la que todavía no está preparado.

A pesar de todo, sin embargo, el éxito de los triunfadores es meramente social, porque en el fondo carecen de lo que de verdad importa: el amor y la fidelidad inquebrantable que muestran Aurora y Lorenzo por Leandro; la preferencia de Sylvia por su padre frente a su madre cuando se quiebra la estabilidad familiar; la lealtad de Wilson hacia Lorenzo o el amor de Ariel por Sylvia y, sobre todo, la madurez que ella adquiere y su aprendizaje sobre ella misma y sobre el mundo en su relación con el joven argentino.

Algunos personajes, además, se enredan en situaciones que se salen de lo común y que ponen a prueba su fragilidad personal y la del mundo que les rodea. Leandro, por ejemplo, se degrada moralmente al abandonarse al amor mercenario de una prostituta nigeriana, Osembe, que le lleva a la ruina económica y personal, y todo ello agravado por el hecho de que mientras esto sucede un cáncer corroe el cuerpo de su esposa Aurora. La depravación alcanzada por el personaje se transmite al lector por medio de una imagen patética, grotesca, que permite visualizar la absoluta decadencia de Leandro, su decrepitud moral. Tiene lugar una vez que queda vencido no tanto por la paliza que le propina el proxeneta de Osembe como por el odio que ella le manifiesta. Es entonces cuando se siente profundamente herido e indefenso, “se abraza el cuerpo y descubre que de su glande cuelga el inútil preservativo, amorfo, como un pellejo muerto” (p. 433). El lector, como el mismo personaje, se pregunta por qué se destruye Leandro después de haber vivido sintiéndose amado, rodeado de la belleza que le proporciona la música, después de haberse esforzado “por llevar una vida recta y libre” (p. 230). La respuesta llega en la última parte de la novela, cuando se descubre que en Osembe Leandro buscaba evadirse de la vejez, de la amargura que le provocaba la decadencia física, en definitiva del dolor intenso que ocasiona una sociedad que ni siquiera nos permite morir en casa. “Los hospitales te engullen, acaban contigo. Entrás en ellos como en la boca de un animal que te devora” (p. 476), piensa un Leandro completamente lúcido, con la claridad mental que le proporciona el no tener ya nada que perder. En ese mundo terrible de la ancianidad, Osembe representa la juventud, el tiempo perdido y, a pesar de su falsedad, todo lo que Leandro, inmerso en su vida ordenada y rigurosa, nunca se atrevió ni siquiera a desear.

Otro personaje que también pierde el rumbo es su hijo Lorenzo, que además de quedarse sin trabajo y de ver cómo naufraga su matrimonio, tiene la mala suerte de matar a su ex socio y amigo cuando sólo buscaba recuperar parte del dinero que éste le había estafado. A Lorenzo, como a su padre, también le salva momentáneamente una mujer, a la que se agarra como un náufrago desesperado hasta que la realidad le obliga a entender que entre ellos se abre un abismo insalvable. Daniela es, como Osembe, otro personaje simbólico de la novela, y representa el deseo de cambiar de vida que salvaría a Lorenzo. Porque ella encarna la necesidad que tiene el personaje de conocer a una persona nueva “que no lo juzgara por lo que había sido, sino por lo que podía ser. Que desconociera la cuesta abajo de la que venía y que apreciara su capacidad para remontar” (p. 171). Alguien, además, capaz de comprender la desolación en la que se encuentra el personaje: “Estás muy solo, ¿verdad?, le pregunta ella. Estás muy solo” (p. 282).

Pero en la novela, además de Osembe y de Daniela aparecen otros personajes simbólicos que ayudan a los protagonistas a soportar su calvario personal. Don Jaime, el anciano que padece el síndrome de Diógenes y que termina recluido en una residencia, ayuda a Lorenzo a expiar sus culpas, porque las visitas de éste al asilo le hacen sentirse capaz de algo moralmente bueno. Es lo mismo que le sucede a Leandro cuando cuida de Aurora –otro personaje simbólico– en el hospital. En ambas situaciones, el compromiso, la condolencia y la solidaridad consiguen un efecto catártico que alivia la conciencia de los personajes. También es simbólica la figura de don Octavio, el profesor de Matemáticas de Sylvia, que con su tacto y una ayuda prestada aparentemente por casualidad, hace que la muchacha recupere la cordura. Ha sido tan sólo un gesto de aprecio hacia ella, una pequeña muestra de interés lo que ha devuelto a Sylvia a su verdadero mundo y la ha recuperado de una realidad –la de su relación con Ariel– que “dejaba un páramo seco, frustrante, estéril” (p. 490). Otra figura simbólica es Pilar, personaje ganador cuyo éxito hace resaltar aún más el fracaso de Lorenzo. Ella alcanza

la felicidad al lado de un hombre culto y de buena posición que la ama, es elegante, tranquila, no vive acuciada por problemas... Pero, curiosamente, no es la figura por la que apuesta el autor implícito, sino un personaje plano que está en la historia como contrapunto de su ex marido. Paco, el ex socio y ex amigo asesinado por casualidad, simboliza el éxito social conseguido por la falta de escrúpulos, y todo lo que Lorenzo nunca conseguirá debido a sus valores morales. En el lado opuesto destaca la figura de Wilson que representa la amistad, el compañerismo y la lealtad más inquebrantable. Uno de los momentos mágicos de la novela llega cuando, tras la muerte de este ecuatoriano emprendedor, Lorenzo descubre en su agenda, entre infinitas anotaciones de negocios, su propio nombre con la fecha de su cumpleaños y el objeto que había pensado regalarle –un reloj<sup>2</sup>-. Es entonces cuando Lorenzo, y el lector con él, se estremece ante una glosa que refleja la nobleza de carácter de Wilson y su fidelidad. En un mundo de arribistas en el que todo se tambalea y parece a punto de sucumbir, es posible el milagro de la amistad verdadera, de la lealtad y de la generosidad.

La novela, además, abunda en situaciones paralelas, lo que demuestra el detallismo del autor y su respeto por la composición y por la organización del discurso. Así, aparecen varias formas de simetría, y algunas tienen un importante valor estructural y simbólico, como sucede con las muertes de Paco y Wilson, violentas en los dos casos, y con los mismos personajes citados, empresarios, especuladores y ambiciosos, aunque el ecuatoriano dotado de una cobertura moral de la que carece Paco. También son paralelas las dos situaciones en las que Lorenzo se deja llevar por la ira, una ante Santiago y otra ante su ex socio. En ambas el personaje pierde los nervios y no sabe muy bien qué hace y por qué, lo que evidencia aún más su debilidad y su indefensión ante unas circunstancias que se ve incapaz de asimilar. Además, y dado que los protagonistas pertenecen a tres generaciones de una misma familia, la presencia de situaciones paralelas permite introducir la idea del eterno retorno. En este sentido, Sylvia recuerda cómo de niña, la llegada de Paco, siempre cargado de regalos, era una fiesta para ella, lo mismo que era para Lorenzo el regreso de Joaquín (“De niño le veía a menudo cuando volvía de París y era siempre un suceso mítico. Una visita intermitente, pero celebrada” –p. 435-). También es paralelo el modo como los hijos ven a sus padres. Sylvia percibe la pequeñez, fragilidad y desesperación de Lorenzo, pero a éste le sucede lo mismo cuando Leandro le cuenta el engaño de Osembe. En este sentido, además, resulta revelador que el autor implícito confirme el paralelismo al utilizar el mismo adjetivo (“vencido”) para referirse a la imagen que transmiten tanto Lorenzo como Leandro en estos fragmentos:

“Por las noches su hijo Lorenzo, que ahora es un hombre de mediana edad, *vencido* y calvo [...]” (p. 471)

“Leandro se deja caer, *vencido*. La cabeza entre las manos, la mirada en sus pies. Lorenzo se acercó, pero no se sentó, prefería mirarle en la distancia.” (p. 472)

---

<sup>2</sup> El detalle es buena muestra del cariño de Wilson hacia Lorenzo, porque el objeto no ha sido elegido por casualidad, como se pone de manifiesto con estas palabras: “Recuerdo que en una ocasión le llamó la atención que Lorenzo siempre mirara la hora en la pantalla del móvil. ¿No tienes reloj? Nunca llevo, le contestó Lorenzo. Mi mamá siempre decía que un señor tenía que llevar un pañuelo limpio en el bolsillo y un reloj en la muñeca. Aquella conversación mínima se transforma ahora, leída la anotación, en un detalle que conmueve” (pp. 498-499). Además, éste es un ejemplo entre muchos de la minuciosidad del trabajo de Trueba y de su perfecto dominio de una historia compleja.

Otras situaciones simétricas repercuten en el contenido, como cuando Lorenzo le pregunta a Wilson “a ti ¿te molestaría que yo saliera con Daniela?”, a lo que éste le responde, “¿por qué me iba a molestar? ¿A ti te molestaría que tu hija saliera con un ecuatoriano?” (p. 454). En este caso el lector sabe lo que Lorenzo ignora: que su hija Sylvia no sale con un ecuatoriano, pero sí con un argentino que es mayor que ella y al que él mismo conoce porque juega en el equipo de fútbol del que es seguidor. Por otra parte, también Aurora representa la pureza frente a Osembe, que es la imagen de la lujuria. Paralelamente Sylvia simboliza lo mismo que su abuela cuando se la compara con Irina, la prostituta con la que Ariel trata de olvidarla en una fiesta. En ambos casos, además, tanto Leandro como Ariel se sienten sucios y envilecidos cuando recuerdan a Aurora y Sylvia tras el contacto mercenario.

A veces la presencia de estas simetrías resalta el valor simbólico de ciertas situaciones y personajes. En este sentido, al hablar con don Octavio Sylvia comprende que su situación con Ariel es un callejón sin salida, de la misma manera que Lorenzo descubre la imposibilidad de su relación con Daniela cuando escucha al predicador. Pero el paralelismo más significativo ahonda en el eje transversal de la novela, porque enfrenta a personajes ganadores y perdedores. En una conversación con Sylvia, Pilar le confiesa a su hija que Santiago y ella están pensando en adoptar un niño, pero las cosas no son tan fáciles para Lorenzo y Daniela. En un momento de su relación él piensa que ella quiere un hijo, y para demostrarle que está dispuesto a llegar hasta el final, aunque atrapado por las circunstancias, parece acceder. Después, sin embargo, el narrador continúa con estas palabras: “Lorenzo se detuvo un poco más tarde, cayó hacia un lado del colchón. Esto es ridículo, dijo, yo no puedo tener un hijo ahora, lo siento” (p.480). La historia da otra vuelta de tuerca cuando el lector se entera de que el motivo del malestar de Daniela no es ése, porque ella es estéril como consecuencia de una operación quirúrgica. Su disgusto con Lorenzo se debe a que busca un amor pleno que él, por el contexto social, por su frágil situación personal y por su cobardía, es incapaz de ofrecerle. De cualquier modo, estas simetrías, y otras que es imposible describir aquí, tienen un claro componente estructural que refuerza la percepción de orden en la novela y refleja la atención del autor hacia los detalles y su cuidado con la composición. Al mismo tiempo muestran la idea del eterno retorno, de que todo se repite independientemente de los actores y de las circunstancias, lo que envuelve a la historia en una inquietante aura de fatalismo.

En otras ocasiones, y como muestra de la complejidad del texto, algunos personajes se ven envueltos en situaciones desbordantes ante las que carecen de capacidad para maniobrar. De nuevo es la sociedad la que les engulle y les hace aparecer como perdedores, como peleles indefensos ante una fuerza arrolladora que no pueden dominar. Es lo que sucede cuando el club al que pertenece Ariel le chantajea con hacer pública la minoría de edad de Sylvia, mientras filtra a la prensa el rumor de su falsa nacionalidad italiana, la misma que habían inventado meses atrás para poder ficharlo. O cuando Leandro percibe el odio de Osembe, y con él el derrumbe de todo su mundo, como un ciclón ante el que se siente impotente. Es, finalmente, la maquinaria absurda que no permite fructificar las relaciones entre Lorenzo y Daniela o entre Sylvia y Ariel.

En *Saber perder* se presenta una fotografía de la realidad española actual. La imagen que se refleja es la de una sociedad posmoderna en la que cada vez existen menos valores y que sitúa la belleza física, el hedonismo y el éxito económico por encima de todo lo demás. A pesar de ello, sin embargo, en la novela se vislumbran destellos de esperanza que se perciben en el componente moral de los personajes perdedores: en la obligación que siente Ariel hacia Sylvia tras atropellarla, en la piedad de Lorenzo hacia su padre cuando lo imagina vejado por Osembe, en la dignidad de Aurora ante la

muerte, en la lealtad de Wilson o en el temor de Sylvia “a quedarse [...] sin ella misma” (p. 449). Estos personajes son perdedores desde una perspectiva social, pero todavía conservan una cierta ingenuidad primitiva por donde se cuela la conciencia ética. Y eso, que es lo que de verdad importa, finalmente los salva.